

categoría y llega a conclusiones altamente radicales. Todo esto, nos dice, es como el juego de las cajitas, donde cada una oculta otra cajita hasta que, al abrir la última, comprobamos que está vacía. «Pero así es el mundo, y la vida. Comentarios de comentarios y otra vez más comentarios» (V, p. 853). El ejemplo viene a proclamar el carácter radicalmente hermenéutico de la experiencia y la falta de un fondo fijo en el que anclarla: todo son comentarios e interpretaciones, sin que quepa hallar un punto de partida indisputable previo a la experiencia. Que aquí está en juego el gran problema filosófico de la verdad debe ser ya evidente. Unamuno va a dedicarle su comentario más extenso y apasionado a cuenta, no tanto de un texto (que toma con toda distancia y del que se desvía cuando quiere) como del mito proyectado de otro desviacionista hermenéutico: Don Quijote de la Mancha.

Unamuno tuvo una relación intensa y sostenida con su héroe. Como todas las grandes pasiones, ésta también pasó por una crisis importante: Unamuno se arrepintió toda su vida de la resonancia que adquirió un artículo suyo de 1898 con el vitriólico título de «¡Muera Don Quijote!». En su magna obra de 1905, llega incluso a pedir disculpas públicas al Caballero: «Y aquí, mi señor Don Quijote, he de confesarte una mi pasada bellaquería»... (p. 337). «Perdónamelo; perdónamelo, porque lo lancé lleno de sana y buena, aunque equivocada, intención, y por amor a ti»; el problema, dice, es que su grito fue malentendido (p. 339). No le falta razón: el artículo es decididamente coyuntural y se refiere sobre todo al extemporáneo quijotismo de una parte de la opinión pública española, engañada por su penosa clase dirigente, al respecto de la Guerra de Cuba. «Hay que olvidar la vida de aventuras, aquel ir a imponer a los demás lo que creíamos les convenía y aquel buscar fuera un engañoso imperio», decía entonces (V, p. 715). Lo de buscar fuera es la clave del rechazo: el tan cacareado noventayochismo de Unamuno, como el de su amigo Ganivet, va a consistir en volver hacia adentro la mirada en busca de una identidad auténtica (nacional como personal). Pero en nuestro contexto, el adjetivo «engañoso» redobla esta significación: el imperio exterior es engañoso por ceñirse al mundo de las apariencias, al de fuera; sólo el producto de una gran pasión interna, aunque carezca de soportes materiales, puede ser un imperio verdadero. En esta orientación, el artículo de 1898 es quijotesco —o más precisamente, agustiniano (el pecador de Hipona fue otro de los patronos a los que Unamuno quiso encomendarse). El problema es que su africanismo tendencial se opone todavía a un contenido manifiesto y a una

voluntad abiertamente europeístas.<sup>2</sup> Todo ello es más notorio aún en el tercer y más preciso artículo de la serie de 1898, titulado «Más sobre Don Quijote». Aquí se parte de una cita indirecta de Pompeyo Gener<sup>3</sup> en la que éste afirmaba que «Cervantes hizo patente porqué no se realizaba la justicia sobre la tierra, a pesar de las buenas intenciones. Si el Quijote no la producía no era por falta de voluntad, sino por falta de conocimiento» (V, p. 721). A lo que Unamuno añade: «Falta de conocimiento, he aquí el pecado capital que encuentro en Don Quijote y en todos los revolucionarios como él. Lo que les sobra de buenas intenciones suele faltarles de inteligencia de las cosas» (*ib.*; subrayo el «de las cosas», porque explícitamente se refiere al mundo externo). Por ello invita a Don Quijote a que purgue su locura y cultive la inteligencia; su receta puede calificarse todavía de racionalista-europeísta: «Cultura, cultura, cultura y más cultura es lo que necesita este pobre pueblo español, sumido en general en la ignorancia. Si se conociera y conociera a los demás, no habría provocado tantas desgracias. No le habrían llevado a donde está con tantas necesidades como se le ha, repetido y tanta *mentira patriótica* con que se le halaga» (p. 722; subrayado original). Al paradigma quijotesco opone aquí Unamuno el «mucho más grande, y sobre todo mucho más cristiano» de Robinson

<sup>2</sup> Para estas dos tendencias de europeizarse y africanizarse en Unamuno, ver su crucial artículo de 1906 «Sobre la europeización», donde opta ya por cuestionar públicamente «la mayor parte de los tópicos regeneracionistas que venimos repitiendo casi todos, unos más y otros menos» (III, p. 1105). La idea de una «africanización», polémica y provocativa, remite expresamente a Agustín. Pero lo interesante de este artículo es cómo Unamuno dialectiza su propio discurso público para poner el énfasis ahora en la pasión y la arbitrariedad: «No quiero más método que el de la pasión» (pp. 1105s); y «La arbitrariedad, la afirmación cortante porque sí, porque lo quiero, porque lo necesito, la creación de nuestra verdad vital –verdad es lo que nos hace vivir–, es el método de la pasión» (p. 1125). Entre la aclaración de ambas tendencias y su opción por la pasión (africana) frente a la razón (europea) media la declaración de fe quijotesca de Vida de Don Quijote y Sancho.

<sup>3</sup> Aunque la cita parece ser enteramente casual (respondiendo a un artículo), no deja de ser una casualidad curiosa. Pompeyo Gener, autor hoy olvidado, fue el primer gran divulgador de Nietzsche en España; la recepción de Nietzsche más documentada y sustanciosa (muy por encima de las ruidosas ostentaciones protofascistas de coetáneos como Maeztu y Baroja) fue, con todo, la de Unamuno. Sobre Gener y sobre la anxiety of influence de Unamuno, ver el fundamental estudio de Gonzalo Sobejano, *Nietzsche en España*, Madrid, Gredos, 1967: «La relación del pensamiento de Miguel de Unamuno con el pensamiento de Nietzsche plantea un problema hasta ahora no aclarado (...). Consiste el problema en que, frente a indicios evidentes de la presencia de Nietzsche en el escritor español, existen una serie de testimonios de éste afirmando y volviendo a afirmar su tardía y menguada ocupación con las obras de aquél y su antipatía hacia Nietzsche» (pp. 276s). En este artículo sobre verdad y mentira en la lectura unamuniana del Quijote aflorarán algunos de esos «indicios evidentes» de una influencia que el fogoso bilbaíno puso todo su empeño en ocultar.

«haciéndose un mundo de una isla desierta, con su industria, su paciencia y su ciencia».<sup>4</sup>

La conversión al quijotismo militante de Unamuno va a implicar, por ello, fundamentalmente un cambio de su actitud frente al problema del conocimiento – o dicho de otro modo, frente al problema cervantino y quijotesco (pero también cristiano) de qué sea la verdad. «¿Qué es verdad?» se titula ambiciosamente otro artículo de 1906, posterior por tanto, también, a la proclamación del evangelio quijotesco. La respuesta que brinda aquí Unamuno es pasmosamente sencilla y de una enorme radicalidad: verdad se opone a mentira, y no, como tradicionalmente se considera, a error. El criterio es ya decididamente subjetivo; la apelación, el auténtico imperativo categórico del anarquismo unamuniano (audaz y consecuente ya en muchos de sus artículos de comienzos de siglo, y genialmente despendolado en su mejor obra tardía, *Cómo se hace una novela*, de 1927) es lisa y llanamente que cada uno diga su verdad. «¿Cómo hallar la verdad? – ¡Diciéndola siempre!» (III, p. 1002). La implicación de la respuesta es que verdad no es algo que se encuentra (preexistiéndonos), sino algo que se genera (generamos). «Verdad es lo que se cree de todo corazón y con toda el alma» (ib., p. 1008); es, por tanto, un producto de la fe, de la pasión.

Retornando la conocida distinción agustiana, cabe decir que lo único para Unamuno inaceptable es que se mienta –y no que se diga mentira, siempre que la intención sea honesta. Las tormentas existenciales de su más conocido *alter ego*, el párroco ateo Manuel Bueno, deben leerse tanto o más en este sentido: lo decisivo no es la incapacidad de creer del personaje o de su autor (meridianamente explícitas), sino la legitimidad de su defensa pública de una fe que no comparten. Por eso, porque la sinceridad no basta, Unamuno va a corregir su concepción de la verdad y proyectarla, con ayuda de William James pero sobre todo de su mentor inconfesable Friedrich Nietzsche, en el héroe hecho a su medida (y si no ya se encargará él de adaptarlo), el Caballero de la Fe y de los Leones, Nuestro Señor Don Quijote.

El episodio de la cueva de Montesinos, en la Segunda Parte de *Don Quijote*, constituye una auténtica piedra de toque de la concepción de

<sup>4</sup> *Ésta es, en el fondo, una herejía contra el Caballero mucho mayor que el pueril «¡Muera Don Quijote!»; también la afirmación previa de que Don Quijote «era un loco y que es siempre pésima consejera la locura» (p. 723). En su confesión de la Vida, la retractación será por ello contundente: «Pégame tu locura, Don Quijote mío, pégamela por entero»; «No quiero ser razonable según esa miserable razón que da de comer a los vividores; ¡enloquécame, mi Don Quijote! / ¡Viva Don Quijote!» (p. 339).*

la verdad como sinceridad. La indisputada honestidad del Caballero encuentra aquí una resistencia extrema para su relato de lo visto en las profundidades; Sancho, que lleva tiempo desplegando una finura para distinguir digna de un jesuita, sentencia primero que «verdad debe decir mi señor» (puesto que, como explica poco después, «yo no creo que mi señor miente»), pero concluye sin embargo «lléveme Dios (...) si le creo cosa alguna»<sup>5</sup>. En una muestra de su avanzado estado de quiotización, propone como compromiso que quizá haya sido cosa de encantadores, a lo que su señor replica «Todo puede ser, Sancho» (este relativismo se introduce por primera vez en su discurso), «pero no es así, porque lo que yo he contado lo vi por mis propios ojos y lo toqué con mis propias manos». Sin embargo, la sombra de la duda va a dejar su huella en él. Cuando en el Capítulo XXV Sancho le pide que pregunte al mono adivino si es verdad lo que le pasó en la cueva, «que yo para mí tengo, con perdón de vuestra merced, que todo fue embeleco y mentira, o por lo menos, cosas soñadas» (distinción no menos fina, ya que cuestiona la verdad de los hechos, no la sinceridad de su relato), Don Quijote concede sorprendentemente que «todo podría ser», y que preguntará en efecto «puesto que me ha de quedar no sé qué de escrúpulo». Como el mono responde diplomáticamente que parte y parte, Don Quijote parece asumir la contaminación; en el Capítulo XXIX, cuando vuelve a discutirse sobre las verdades y mentiras de su visión, el narrador nos dice que «él se atenía más a las verdaderas que a las mentirosas, bien al revés de Sancho, que todas las tenía por la misma nientira». No menos sorprendente es el efecto de la farsa que los duques organizan para proponer el desencantamiento de Dulcinea: Sancho, sobre cuyas mentiras muy conscientes reposa toda la trama, queda admirado «en ver que, a despecho de la verdad, querían que estuviese encantada Dulcinea»; Don Quijote, en cambio, «por no poder asegurarse si era verdad o no lo que le había pasado en la cueva de Montesinos» (Cap. XXXIV).

Que el Caballero dude de su propia visión no debería perturbar a un pensador como Unamuno, que eleva la duda a la categoría de divisa («Porque sólo los que dudan creen de verdad, y los que no dudan, ni sienten tentaciones contra su fe, no creen de verdad. La verdadera fe se mantiene de la duda», p. 233). Sin embargo, su comentario no toma en

<sup>5</sup> Don Quijote de la Mancha, II, XXIII. *Tratándose de un libro universal, citaré sólo por el capítulo correspondiente, sin la página; aclaro en todo caso que me baso en la edición de John Jay Allen para Cátedra, Madrid, 1990, por razón exclusiva de su especial accesibilidad.*